

Buscando a Sócrates

—¿Qué os parece si entramos dentro?

Dejamos atrás la claridad del sol y atravesamos el pórtico de Nuestra Señora la Blanca. No había oscuridad, al contrario, parecía que había una luz irreal y llena de diferentes matices. Los grandes muros ascendían hacia las alturas sobrecogiendo a cualquiera que osara mirar hacia arriba. Seguimos al profesor procurando esquivar a los diferentes obreros y sus herramientas, que estaban tiradas por todo el suelo de la gran iglesia. Cuando llegamos al centro de la nave, el profesor se dio la vuelta y nos miró a todos los alumnos.

Era muy corpulento y alto. Sin embargo, no daba sensación de pesadez, se movía con una agilidad sorprendente para tamaña mole. Su barba muy poblada y descuidada, su frente sucia y sus ademanes bruscos, mostraban a un profesor de los duros. Le habían caracterizado como un obrero del siglo XII.

—¿Qué es lo primero que os llama la atención al entrar?

—La luz. —Respondió inmediatamente el compañero de mi derecha.

El profesor sonrió. Todo el mundo sabía que ese era el punto fuerte de esa catedral. Y era cierto. No podía dejar de mirar los rayos de colores que entraban por las vidrieras. Rojos, amarillos, azules, verdes... Parecía que un arcoíris recorriera el interior. El baile de tonos embelesaba al menos sensible.

—Sí, es cierto. Pero ¿cuál es el fallo en la simulación?

En las asignaturas de historia del arte era habitual que se introdujeran fallos. Con ello se conseguía mantener en constante análisis al alumno desgranando cada parte de la obra a describir. El esfuerzo de encontrar el fallo ayudaba a la concentración en el detalle.

—Disculpe profesor, ¿puede ser que el fallo se encuentre en las vidrieras?

—Sí. Os podéis centrar en esa parte.

Me quedé absorta mirando cada vidriera. Había unas que formaban un conjunto de guerreros armados y a caballo; en otras se veía a varios reyes del pasado, con porte distinguido y donde un tono azul realzaba su magnificencia. Dos reyes en un árbol eran los protagonistas de otra de las vidrieras y junto a ellos, un enorme rosetón con la virgen y el niño rodeados de ángeles te quitaban el aliento ante su belleza. Más y más vidrieras formaban una composición prácticamente única en Europa. Y era justo ahí donde estaba el fallo.

—¿No hay demasiadas vidrieras? —Pregunté tímidamente.

—Es el segundo conjunto de Europa, tan solo por detrás de Chartres. Cualquiera diría que es normal que haya muchas.

—Sí, pero... —Callé por un momento dudando si seguir. —Hay demasiadas y algunas tienen una técnica que no encaja exactamente con la época. Mire esas de ahí arriba, no es una vidriera exactamente, se ha pintado sobre ella.

En ese momento decidí levitar hacia ella para mostrárselo de manera más clara al profesor. Mis pies se separaron del suelo y ascendí rápidamente hasta estar delante mismo. Toda la clase me siguió y lo pudieron ver al igual que yo. El profesor asentía aprobadoramente.

—Entonces ¿cuál es el fallo?

—Que en teoría estamos en medio de la construcción de la catedral de León y, sin embargo, se ven todas las vidrieras. Hay muchas de ellas que se instalaron con posterioridad.

—Correcto. Muy bien visto Sofía.

Una señal de notificación sonó en mis auriculares y en la esquina superior derecha de mi visor vi cómo se sumaban 100 puntos por la respuesta. Era la máxima puntuación. Hacía unas cuantas clases que ya había conseguido la puntuación necesaria para aprobar la asignatura, pero nunca venía mal sumar algún punto más.

—Como vuestra compañera ha dicho, las vidrieras que vemos son las que se pueden ver en la actualidad. Sin embargo, no estaban todas en la fecha en la que nos movemos. Como veis hay diferentes estilos, como

el caso señalado por Sofía, que es renacentista y una pintura sobre vidrio en vez de una composición. Unas son originales, otras de siglos posteriores.

Descendimos de nuevo al suelo y el profesor volvió a pasear. La explicación duró casi una hora. Las preguntas y respuestas tanto de los alumnos como del profesor se sucedían una tras otra. Era la última clase del año y la mayoría de mis compañeros sonreían cuando, después de una respuesta correcta, su marcador mostraba que ya habían aprobado. Otros delataban con rostros serios su preocupación por conseguir superar la asignatura. Recorrimos las distintas capillas y altares; las tumbas de los notables leoneses; los coros que otrora inundaran con canciones sagradas todas las salas. Salimos al exterior y nos elevamos tanto que pudimos comprobar el León medieval extenderse junto a la imponente figura de la catedral. Admiramos su planta y el profesor nos contaba todos los problemas ocasionados por culpa del suelo sobre el que se construyó. A veces surgían debates y siempre, si alguien estaba hablando, nuestra voz se silenciaba artificialmente para que no se formaran discusiones caóticas y siempre cundiera el respeto.

Cuando la clase terminó, me quité el casco VR y lo dejé sobre la base de carga. Era muy liviano y se adaptaba a mi cabeza a la perfección como si se tratara de una segunda piel. Su estructura moldeable lo convertía en una experiencia muy cómoda, nada que ver con aquellas antiguallas de hacía 20 años.

Me dirigí a la cocina a picotear algo y ahí me encontré a mi padre. Durante unos segundos me quedé embelesada mirándole. Los años comenzaban a pasarle factura, unas arrugas en la frente reflejaban las mil preocupaciones que había tenido a lo largo de su vida y unas manos encallecidas eran el vivo reflejo de todo el trabajo que había soportado para que a ella no le faltara de nada.

Su mirada a unos papeles reflejaba preocupación y estaba tan absorto que no se dio cuenta que estaba ahí quieta mirándole hasta pasado un rato.

—¿Te apetece un café? —Dijo por fin.

—Sabes que siempre quiero un café. —Dije sonriente.

Vi cómo se levantaba y me preparaba un expreso corto y muy cargado. Un olor penetrante inundó la cocina.

—Creo que le han quitado algún nivel de agresividad a arte de la Edad Media. Vi al profesor poco cañero. Con tantas quejas que tuvieron el año pasado no me extraña.

Mi padre no me miraba. Solo noté que asentía levemente. Percibía que algo había pasado.

—Papá, ¿me vas a decir que te pasa?

Se apoyó sobre la encimera en la que preparaba el café y lanzó un suspiro desesperanzado. Se dio la vuelta y me miró con unos ojos derrotados que me dejaron sin aliento.

—Va a haber un despido masivo en la fábrica. Los trabajadores ya no somos rentables y lo van a dejar todo en manos de máquinas. Solo quedará la dirección y cuatro o cinco técnicos de mantenimiento.

—Estate tranquilo papá. Aún tienes el trabajo en la tienda de antigüedades y puedo pedir que me aumenten unas horas más a la semana.

Mi padre sonrió; pero no era una sonrisa alegre. Esa sonrisa transmitía tristeza y derrota.

—No lo entiendes hija. Podemos vivir con estos trabajos, pero no puedo seguir pagando la Universidad, no tengo dinero suficiente.

—Papá, tenemos la beca. Creía que gracias a ella era como se pagaba mi carrera.

—Eso era lo que creía que creyeras. Que te despreocuparas y te dedicaras a estudiar, que es lo que tienes que hacer. —Su voz sonaba débil.

Me quedé callada y sin saber qué hacer. Solo tenía ganas de llorar. Me quedaba solo un año de carrera. Después de tantos sacrificios y no lo iba a poder terminar.

En el año 2049, si se quería ser ciudadano y tener un trabajo digno era necesaria una carrera. La inmensa mayoría de trabajadores habían pasado a ser sustituidos por máquinas. Al ir a un supermercado ya no te atendía un empleado; simplemente cogías los productos de los diferentes dispensadores y al salir se retiraba el dinero de tu cuenta. Los trabajos de limpieza eran llevados a cabo por vehículos autónomos que recorrían las

ciudades. En las fábricas como las de mi padre, la robotización había sustituido a todo obrero.

Sólo quedaban algunos trabajos en los que eran necesarios siempre el uso de humanos; aquellos en los que se necesitaba una capacidad de abstracción todavía imposibles para las inteligencias artificiales. El arte, la programación, el entretenimiento... Todavía seguían existiendo profesores, aunque no enseñaran ellos directamente. Eran los encargados de realizar el plan de estudios, establecer en las IA los parámetros necesarios y de vez en cuando auditar algunas clases para corregir fallos. Esto les permitía más tiempo para la investigación. En los niveles más bajos de la educación y en algunas asignaturas seguía siendo necesaria la presencia humana. Sin embargo, para poder optar a todos esos trabajos era necesaria una carrera. La alternativa era la precariedad, el paro y el subsidio estatal, que daba a duras penas para poder llevarse algo a la barriga.

Estaba absorta en mis pensamientos, tratando de encontrar una solución. Cuando de repente me acordé de algo. Había una beca extraordinaria que se concedía en muy pocos casos. Pero para ello era necesario conseguir la puntuación de 1 500 000 de puntos. Sin mediar palabra, corrí

hacia mi habitación y me puse rápidamente el casco VR. Con los guantes hápticos manejaba las diferentes pantallas y me fui directa al expediente. Necesitaba saber exactamente cuál era mi puntuación actual.

Cada curso estaba compuesto por un total de 8 asignaturas. Para aprobarlas era necesario obtener un mínimo de 100 000 puntos. En ese momento tenía aprobadas 7 asignaturas, que entre todas sumaban 1 150 000 puntos. Era una fantástica puntuación, pero no sabía si sería suficiente.

Volví a la cocina y vi como mi padre me observaba sorprendido por mi repentina escapada.

—Papá, quizás haya una manera de conseguir el dinero.

—Créeme hija, lo he intentado todo. Tendría que conseguir otro trabajo y a corto plazo es algo muy difícil.

—Hay otra beca. Es una beca extraordinaria que sólo se concede en casos muy concretos. Tengo que conseguir 1 500 000 puntos. Si lo consigo, podría sacar el último año.

—¡Eso es fantástico! ¿Cuántos puntos tienes ahora mismo?

—1 150 000. Me quedan 350 000 para poder aprobar y una sola asignatura.

La cara de su padre no dejaba dudas del escepticismo que sentía. Sabía que era improbable que alguien consiguiera tanta puntuación en una sola asignatura, por no decir que era imposible.

—Hija, no quiero que te emociones. Sé que puedes conseguir una fantástica puntuación y estoy muy orgulloso de lo que has hecho. Pero eso es demasiado.

—Además, hay otro problema.

—¿Cuál?

—Es Filosofía clásica.

La cara de mi padre se ensombreció. Si antes se mostraba escéptico, ahora ya sabía que era algo inalcanzable. Si había una asignatura difícil para mí, esa era Filosofía clásica y él lo sabía. La había suspendido 3 veces.

—Voy a intentarlo, papá. Me queda una semana para la última clase. Sé que es una entrevista privada con Sócrates y desconozco el tema que se tratará, pero tengo que intentarlo.

Acto seguido se levantó y se fue a su habitación.

Se sentó en su asiento, se colocó el casco y se enfundó los guantes. Pulsó el botón de encendido colocado en la nuca y acto seguido una luz se iluminó en su centro visual. Cuando cargaba el dispositivo siempre aparecía una intro editable; yo le había puesto una sucesión de hechos históricos y de fondo una música épica. Pasados 30 segundos se hizo visible el menú principal; se estuviera en la simulación que se estuviese se podía acceder a él en cualquier momento. Seleccione la opción Wikilogos y me surgí en un mundo de maravillas.

A mi alrededor se extendía la biblioteca más inmensa de la historia. Todo el saber de la humanidad se concentraba aquí. Un millón de veces más grande que la biblioteca de Alejandría, con documentación de cualquier época y realizado por los mayores expertos del mundo.

Hace décadas, la Wikipedia se encontró con un severo problema. La podía editar cualquiera y eso hizo que su éxito fuera inmediato. Muchos de sus artículos eran de una grandísima calidad, pero también era habitual que apareciesen errores garrafales por culpa de alguien que creía que sabía más de lo que en realidad lo hacía.

Un grupo de universidades decidieron tomar cartas en el asunto y crearon Wikilogos, cuyas entradas solo estaban escritas por personas lo suficientemente acreditadas. Wikilogos crecía lento debido a la menor cantidad de participantes, pero poco a poco, gracias a sus entradas de altísima calidad, comenzó a desbancar a Wikipedia. Poco tiempo después, empezó a aparecer en las bibliografías de investigaciones de todo tipo sin ningún pudor. Y finalmente acabó convirtiéndose en el principal centro de estudios del mundo.

Los libros de texto desaparecieron en su mayor parte, ya no eran necesarios. Wikilogos era gratuito y no estaba sujeto a criterios parciales por parte de un autor, sino a un consenso de varios expertos. La página fue a más y con la transformación de las antiguas gafas VR a los actuales cascos, las posibilidades se convirtieron en infinitas. Había simulaciones

de todo tipo, desde ver a Albert Einstein en su oficina de patentes a estar dentro del senado romano.

Y ahora estaba allí. Con el tiempo había variado y ya no era solo una página web. La interfaz que veía era la de una inmensa biblioteca con un montón de gente. Me dirigí a la sección de Grecia del siglo V a. C. Era una enorme sala decorada al estilo clásico. Enormes columnas dóricas delimitaban la estancia y en el mismo centro se alzaba una estatua de Apolo con su lira que miraba severamente hacia la entrada. En su pedestal había una frase grabada: Conócete a ti mismo.

Me acerqué a una de las estanterías y alcé la mirada en busca de la letra a la que pertenecía. Una R enorme y dorada entre una corona de laurel coronaba la parte superior. Avancé un poco más y llegué a la S. Encontré el libro de Sócrates rápidamente. En su índice aparecía toda una suerte de bibliografía, así como la entrada propia elaborada por los expertos y una enorme cantidad de simulaciones.

Las posibilidades eran inmensas, no sabía por dónde empezar. Me decidí por leer la entrada en sí y ahí se contaba con todo detalle, cada momento de su vida conocido.

Varias veces me había enfrentado a su simulación y siempre había fracasado. Conocía su vida y su filosofía desde el principio hasta el final y siempre fracasaba; me acorralaba dialécticamente y me dejaba sin respuesta. No volvería a ocurrir, tenía que lograr derrotarle. No solo derrotarle, tenía que aplastarle.

A diferencia de las anteriores veces, me decidí por algo diferente. La teoría la conocía perfectamente, así que solo quedaba una alternativa. Busqué entre su libro una simulación apropiada de la Atenas de su época y me sumergí directa en ella. Mi próxima semana la pasaría 2 500 años atrás en el tiempo. Conviviría con la gente, hablaría con cada uno de los filósofos de la época, pasearía por las calles de Atenas y me empaparía con toda su cultura.

Activé la simulación y de repente todo empezó a cambiar. Como por arte de magia todo a mi alrededor se deshizo y comenzaron a surgir casas, templos y toda suerte de edificios antiguos. La gente se comenzó a materializar y empecé a oír levemente el trino de los pájaros y un bullicio en la lejanía.

Atenas era bastante sucia. Había desconchones en las fachadas de las casas y los templos de la acrópolis parecían un poco abandonados. Las caras de la gente eran en su mayor parte serias y vestían con unos pocos trapos humildes que nada tenían que ver con lo que salía de Hollywood.

Me dirigí hacia el bullicio y me encontré en una enorme plaza repleta de gente. Era el ágora. En el centro de la misma, un orador se dejaba los pulmones para que todo el mundo le oyera. La gente de mi alrededor tenía rostros graves y algunas mujeres lloraban desconsoladas. Cuando escuché más atentamente comprendí lo que ocurría. Había elegido una simulación de la Atenas del año 414, en plena guerra del Peloponeso; justo después de la gran derrota en Siracusa. El orador era lo que estaba comunicando. Muchas de esas personas no volverían a ver a sus hijos.

Durante horas me paseé por la mítica polis buscando entender el pensamiento de Sócrates. Él había vivido en ese ambiente y ese ambiente había formado su pensamiento. Escuchaba conversaciones entre ciuda-

danos, cada uno con su propia opinión y raudos en alzar la voz para poder así tener más razón. Hablé con algún que otro sofista; los grandes rivales del filósofo y auténticos genios en el arte de la oratoria.

Pasado bastante tiempo salí de la simulación y elegí otra. Esta vez viajaría un poco más en el pasado. El mundo volvió a cambiar. Ahora me encontraba en medio de una campiña. Decenas de olivos salpicaban un campo amarillento por el trigo y con algunos colores morados y rojos de las flores de la primavera. Era una imagen idílica e idealizada; un lugar en el que cualquiera querría perderse. Si hubiera podido estar allí realmente... Empezaría a andar descalza dejando que el rocío me empapara las plantas de los pies. La brisa acariciaría mi rostro y cuando estuviese cansada de tanto caminar; me desplomaría sobre la hierba tierna y fresca y dejaría que pasaran las horas.

Al fondo se intuía una casa de un color blanco inmaculado con un tejado cubierto de tejas que parecía que hubieran colocado ayer. Junto a ella, un niño y un hombre anciano caminaban. Eran Sócrates y Arquelaos, su viejo maestro.

—Dime, mi querido alumno, ¿qué es lo que ves allí? —Le preguntó Arquelao mientras señalaba al fondo con su dedo.

—Parece un cervatillo.

Hacia donde señalaba el filósofo, se veía un pequeño cervatillo haciendo cabriolas entre el trigo. Parecía que se lo estuviera pasando estupendamente.

—¿Te gustan los ciervos?

—¡Claro! ¿A quién no? Son animales preciosos. —Contestó entusiasmado el joven Sócrates.

—Y ahora dime, ¿qué es lo que ves allí?

Ahora Arquelao señalaba hacia otro punto. Oculto en la espesura acechaba un lobo. No era muy grande y parecía bastante escuálido, pero bastaba para cazar al ciervo. El joven animal jugaba ignorante de lo que estaba a punto de suceder.

—Es un lobo.

—¿Y te gustan los lobos?

—Sí. —Contestó después de unos segundos Sócrates.

—¿Qué opinión tendrías del lobo si ahora cazara a ese pequeño cervatillo?

—No me gustaría que eso ocurriera. —Musitó el jovencísimo aprendiz.

—Y sin embargo va a ocurrir.

El lobo se acercó un poco más. Tan solo estaba a unos pocos metros. El ciervo seguía jugando cuando de repente escuchó un chasquido. Todo el mundo se detuvo y un silencio sepulcral se extendió por toda la campiña. Sin poder contenerse un segundo más, el lobo se abalanzó sobre el ciervo que esquivo su mordisco por tan solo unos centímetros. La presa escapó vertiginosamente tratando de escapar del lobo, que tras un segundo de despiste se reincorporó a la carrera. Ambos cruzaban el campo de trigo como un. El cervatillo corriendo en zigzag tratando de despistar a su cazador. El lobo, más experimentado, corriendo en línea recta con total determinación. Sin embargo, el ciervo era más joven y estaba mejor alimentado. Poco a poco se fue alejando y el lobo, agotado, frenó casi en seco.

El cervatillo corría libre, se había librado de una muerte segura. Aún seguía aterrorizado, pero lo peor había pasado. Y de repente, todo cambió. El jovencísimo animal no vio la piedra que se encontraba delante de él. La piedra con la que tropezó y se rompió su pata izquierda. La piedra que permitió al lobo acercarse y desgarrarle la garganta en dos dentelladas.

Sócrates contemplaba pálido la escena.

—¿Comprendes el motivo por el que no está mal lo que acaba de ocurrir?

—Pero maestro, ¿cómo no va a estar mal? Lo ha matado.

—Sí, lo ha matado. Y gracias a ello el lobo podrá llevar carne para que coman sus cachorros. En la naturaleza, no existen las cosas buenas y malas. Un ciervo muere y gracias a ello unos pequeños lobeznos pueden sobrevivir un año más. Es la ley de la naturaleza.

La semana duró lo que dura un suspiro. Viajé de simulación en simulación. Sentí lo que sintió él. Viví como vivió él.

Estaba otra vez en la cocina con mi padre. Ya era como un ritual; antes de algo importante, mi padre siempre me hacía un café, me lo ponía en la mesa y me acariciaba la cabeza. Luego se sentaba y me miraba mientras disfrutaba de mi primer sorbo. Luego hablábamos. Siempre necesitaba hablar para relajarme.

—¿Cómo estás?

—Un poco nerviosa, pero creo que preparada. Aunque realmente, estoy en ese momento en el que me da igual todo. Solo quiero acabar de una vez y descansar.

—Es normal. Te has esforzado mucho. Pero no digas que te da igual todo. Sé que no es así.

Reí. Mi padre me conocía perfectamente.

—Tienes razón. Es solo que estoy cansada. Claro que no me da igual. Quiero ser una ciudadana y que las cosas vuelvan a ser como eran hace cien años.

Ahora le tocó a su padre reír. No tenía estudios, pero no porque no valiera para ello. Era alguien muy inteligente que nunca pudo costearse los estudios.

—No hija, las cosas no pueden volver a ser como eran antes. Por culpa de lo que ocurrió ahora estamos así. Nunca idealices el pasado, porque también había grandes problemas. No hay que volver a ser como éramos antes y tampoco debemos ser como somos ahora. Tenemos que construir algo nuevo.

Le miraba absorta. Hacía tiempo que no le veía tan apasionado y me encantaba. Durante esta semana él me había mantenido con vida; dándome ánimos en cada paso que daba, insuflándome fuerzas en cada bajón de moral que me sobrevenía. Y en ese breve tiempo algo en él había cambiado. Había recobrado la fe en el mundo. Se había dado cuenta de que no nos encaminábamos irremediabilmente hacia el abismo, pero que todavía no estaba todo perdido. Aún podíamos luchar.

—Ahora ve a por ello y haz que tus sueños se conviertan en realidad.

Y allá fui. Me coloqué en mi silla cómodamente. Me puse los guantes. Los notaba extrañamente incómodos; notaba cada reborde en mis manos como si fuesen alfileres. Luego me puse el casco y lo encendí.

Estaba un patio con una fuente en el medio. Había mucha vegetación en la que predominaban unas enormes flores amarillas que no pude identificar. En el medio, sentado en una especie de sillón, un hombre anciano togado me esperaba. Su cara era ancha, demasiado quizá. Sus ojos pequeños no encajaban bien con su enorme nariz y barba. Era la viva reproducción del famoso busto. Exhalaba sabiduría por cada uno de sus poros.

Me señaló una silla en frente de él y allí me senté. Todos los nervios se disiparon. El ligero temblor que tenía en las manos desapareció como si nunca hubiera existido. Le miré a los ojos. Él también me miraba fijamente. Su mirada llamaba a la calma y a la serenidad.

—¿Empezamos?

La conversación más importante de mi vida acababa de comenzar.

Epílogo

Me quité el casco y los guantes. Sentía que me oprimían cada parte de mi cuerpo. Tenía la frente perlada de sudor y el temblor en las manos había vuelto.

La última hora había sido frenética. Cada palabra pronunciada, cada pregunta respondida, habían sido... En fin. Me levanté y comprobé que mis piernas casi no me sostenían. Abrí la puerta y me dirigí al salón. El pasillo me parecía largo como una noche sin luna. En el sofá me miraba mi padre expectante. Su mirada ansiosa me imploraba una respuesta.

—¿Y bien? —No podía reprimirse más.

Y yo solo pude estallar en carcajadas.